

Moo Pak

Gabriel Josipovici

Traducción de Juan de Sola

Título de la edición original: *Moo Pak*
Primera edición en Còmplices Editorial: octubre de 2012
Copyright © Gabriel Josipovici 1994
© de la traducción, Juan de Sola 2012
© de esta edición, Edicions Còmplices, S.L.U.
info@compliceseditorial.com
www.compliceseditorial.com

Diseño gráfico: Santi Sallés
Maquetación: David Anglès
Corrección de pruebas: Pedro Martín

ISBN: 978-84-940395-0-8
Depósito legal: B 25.734-2012
Impreso por Romanyà Valls
Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi madre

«Mí ahí lora.»

BERTRAND

El martes recibí una nota de Jack Toledano en la que me pedía que quedáramos hoy en el Star and Garter de Putney a la hora de siempre, escribió Damien Anderson. Estoy acostumbrado a estas notas. No hace falta que Jack especifique la hora. Si yo no puedo arreglármelo, sale él solo a dar un paseo, pero procuro ir siempre, porque no hay nada mejor que salir a dar un paseo con Jack Toledano. Londres es un paraíso para quienes gustan de caminar, dice, pero tienes que saber adónde ir. París es para el *flâneur*, dice, pero Londres es para quien gusta de pasear. La única manera de pensar es estar sentado a un escritorio, dice, la única manera de conversar es ir de paseo. Quizá pensar no sea la palabra, dice, y lo que quiero decir es que la única manera de hacer algo que lleve a los otros a pensar es estar sentado a un escritorio con una máquina de escribir delante. Soy bastante inútil para pensar, pero con una máquina de escribir delante y un buen taco de hojas DIN-A4 a mi derecha puedo, si todo marcha bien, simular que pienso y estimular el pensamiento. Detesta los procesadores de textos. Son, dice, la apoteosis cómica de aquella frase célebre de Villiers de l'Isle Adam, que a día de hoy rezaría: «¿Escribir? Nuestros procesadores de textos lo harán por nosotros». La gente se pasa el día tratando de convencerme de que me deshaga de la máquina de escribir y me procure un Apple o un Mackintosh o un Toffee o algo por el

estilo, dijo el pasado mes de julio mientras paseábamos por Hampstead Heath. Tratan de convencerme de que con uno de esos aparatos no tendré que volver nunca más al principio de la página si cometo un error, que simplemente podré borrar la palabra o la frase que suene mal y reemplazarla por una nueva y mejor. No se dan cuenta, dijo, de que nada me gusta más que colocar una hoja en blanco en la máquina de escribir y empezar de nuevo desde el principio. De hecho, es lo único que me gusta de escribir, dijo, el resto es un trabajo de esclavos y un suplicio. No se dan cuenta, dijo, de que el acto de cubrir la página en blanco con las primeras palabras me resulta tan temible y tan aterrador que si soy capaz de hacerlo es solo porque la alternativa es todavía peor. Tiene que haber mejores maneras de hacer las cosas, dijo ese día en Hampstead Heath, pero por desgracia nunca he dado con ellas. Por eso, dijo, es tan placentero poner una hoja nueva en la máquina de escribir y luego limitarse a copiar lo que ya has escrito, salvo la palabra que suena mal. Con mi manera de trabajar, y si te parece una locura tendré que darte la razón, créeme si te digo que he probado otros métodos, pero este es el que me resulta natural y el que me parece que tengo que seguir, con mi manera de trabajar, el único momento en el que el trabajo es soportable es cuando tengo que volver a empezar una vez más al principio de la página y limitarme a copiar lo que ya he escrito, salvo la palabra que suena mal, la frase que suena mal. Es curiosa la autoridad que puede cobrar lo que uno acaba de escribir desesperado y sin mucha convicción cuando lo ves mecanografiado en la página que tienes al lado, dijo. Pero cuando intento explicárselo a esta gente que trata de convencerme de que me cambie a un Apple o a un Mackintosh, dijo, me miran como si estuviera loco. Es evidente que están más seguros de sí mismos que yo de mí, dijo, es evidente que saben mucho mejor que yo lo que quieren decir, y que pueden teclear dale que te pego en sus

Toffees o en sus Apples o lo que sea y ver cómo todo eso aparece en la pantalla. Se puede jugar con las frases, dicen, puedes estar ahí sentado y jugar con las palabras y las frases. Pero yo no quiero jugar con las palabras y las frases, dijo, si me pongo a jugar con las palabras y las frases ya nunca seré capaz de avanzar y estaré cada vez menos y menos seguro de cuál de las múltiples opciones es la que más me conviene y la mejor para mí, y luego estaré cada vez más y más inseguro de qué significa la mejor y de cuál era mi propósito inicial y es probable que acabe por romper la pantalla a patadas, de impotencia y frustración. Es por eso que dejé de escribir a mano, dijo aquel día en Hampstead Heath, por eso me pasé a la máquina de escribir. En la época en que escribía a mano, dijo, podía pasarme el día jugando con una frase o hasta con un párrafo, poniéndolos del derecho y del revés, y cuando finalmente lograba que sonara como quería, el día tocaba a su fin y yo estaba rendido y lo dejaba todo a un lado, si bien con la agradable sensación de haber conseguido algo pequeño pero importante. Pero cuando al día siguiente le echaba un vistazo, dijo, advertía que todo estaba mal y carecía de fluidez y era incoherente, y que si el día anterior me había creído que había logrado algo era por el cansancio. Así que volvía a empezar de nuevo desde el principio y al finalizar la jornada tenía la impresión de que no había llegado muy lejos, pero que al menos sí había llegado a algún punto, para al día siguiente comprobar que... y así una y otra vez. Por eso dejé de escribir a mano y aprendí a escribir a máquina, dijo. Con una máquina de escribir uno tiene que avanzar, tiene que seguir tecleando, y eso fue mi salvación. Si ahora me cambiara a un procesador de textos, sería volver al mismo punto en el que estaba. Me pasaría el día cambiando frases y palabras de lugar, y nunca pasaría del primer párrafo. De lo que enseguida me di cuenta, dijo, fue que solo a fuerza de avanzar podía descubrir qué estaba tratando de decir, qué trataba de hacer.

Si me quedara encallado en el primer párrafo, dijo, ni este mejoraría ni yo descubriría jamás cómo mejorarlo. Solo el último párrafo puede indicarnos si el primer párrafo está bien, dijo, solo la última palabra puede dar sentido a la primera. No existe el *mot juste*, dijo, al menos no hasta que el libro entero sea más o menos *juste*. La búsqueda del *mot juste*, dijo, conduce a la ampulosidad, al aburrimiento y a la proliferación fatal de adjetivos. El adjetivo, dijo, es el mayor enemigo del escritor. La gente que no sabe escribir ni pensar y que sin embargo se tiene por amante de la literatura está enamorada de los adjetivos, dijo, para esta gente la literatura es sinónimo de adjetivos, se pasan la vida en un baño de espuma con burbujas de adjetivos. Yo, en cambio, soy incapaz de leer un libro lleno de adjetivos, dijo. Me ponen literalmente enfermo, dijo. Los adjetivos y todos esos otros *mots justes* se me atragantan y me dan ganas de vomitar. No tiene nada que ver con el gusto, dijo, es una cuestión de metabolismo y fisiología. Al menos en eso no estoy solo, dijo. Los mejores escritores saben que los adjetivos son la muerte de la narración. Por eso Raymond Chandler no escribe: «Entré en la habitación. En el suelo había una alfombra extraordinariamente gruesa hecha de etcétera, etcétera». En lugar de eso, escribe: «Entré en la habitación. La alfombra me hizo cosquillas en los tobillos». Hacía algunos años que su vieja Olympia semiportátil, adquirida de segunda mano treinta años antes, y con la que había escrito desde entonces, parecía haber llegado al fin de sus días, dijo Jack, y decidió que era el momento de cambiarse a una máquina de escribir eléctrica. El hombre de la tienda me enseñó todos esos modelos, dijo, y yo solo le pregunté una cosa: ¿no hace mucho ruido? Le expliqué que para trabajar necesitaba silencio absoluto y que el zumbido de un aparato eléctrico me pondría de los nervios, dijo. Me aseguró que el modelo que me recomendaba era el más silencioso que jamás se había fabricado, y lo encendió para que yo

mismo pudiera comprobarlo. Y era verdad, dijo, en la tienda parecía no emitir el menor ruido. Pero no bien me la llevé a casa, dijo Jack, y la instalé en el despacho y me senté a trabajar, supongo que porque mi despacho es mucho más silencioso que la tienda de máquinas de escribir, percibí un leve zumbido, que empezaba en cuanto la ponía en marcha y cesaba en cuanto la apagaba. Durante varias semanas intenté ignorar el zumbido, dijo ese día en Hampstead Heath, pero al final tuve que reconocer que lo oiría siempre y que no iba a poder trabajar lo más mínimo mientras persistiera. No es solo que el aparato zumbara, sino que además se encendía una lucecita roja cuando lo ponía en marcha, y siempre que hacía una pausa y me paraba a pensar cómo seguir, reparaba en la lucecita roja que me iluminaba con su brillo acusatorio y me recordaba que había interrumpido mi trabajo. Llegué a odiar esa lucecita roja, dijo, llegué a tenerle miedo. Al principio intentaba seguir como si tal cosa e ignorarla, porque sabía que una vez parara tomaría conciencia de su presencia y sería completamente incapaz de continuar, pero está claro que incluso cuando seguía adelante había reparado en ella de manera subliminal, así que me pasaba el día luchando contra mi propia conciencia de esa lucecita roja, y mi obra, como es lógico, se resintió. Cada vez que apagaba la máquina y sabía que la lucecita roja iba a dejar de brillar, dijo, me sentía más que aliviado. Luego intenté tapar la lucecita con esa cinta adhesiva que se usa para pintar, dijo, y aislarme del zumbido tapándome los oídos con algodón, pero no podía abstraerme del hecho de que debajo de la cinta adhesiva brillaba la lucecita roja, y me di cuenta de que me resultaba por completo imposible escribir seguidas dos frases decentes con los oídos rellenos de algodón hidrófilo. Al final, dijo, devolví el aparato a la tienda y recuperaré mi vieja Olympia semiportátil, y desde entonces me he apañado con ella, por más renqueante y decrepita que esté. Dice que a menudo, desde que empe-

zó a trabajar regularmente con la máquina de escribir, ha intentado escribir con una pluma o a lápiz, porque era de la opinión de que a fin de cuentas uno debería ser capaz de escribir en cualesquiera circunstancias personales, pero que nunca le ha servido de nada. Cuando empuñas una pluma y vas formando las letras, dice, estás demasiado cerca de tu propio cuerpo, y las letras enseguida se tornan garabatos, las palabras no quieren brotar, y el ritmo, que es tan necesario para la escritura, desaparece. Solo una máquina de escribir manual, de las antiguas, se adapta a mis necesidades particulares, dice, solo uno de estos instrumentos me proporciona la distancia y el ritmo necesarios para lo que quiero hacer. El procesador de textos y el lápiz, dice, resultan a un tiempo distantes y cercanos en exceso, y uno jamás tiene la sensación de que adelanta, como sí la tiene cuando retira la página de la máquina de escribir y la deja sobre el resto de páginas escritas e introduce una hoja en blanco y empieza a llenar también esta. Escribir, dice, lo mismo es un recurso para escapar de uno mismo que una forma de descubrir cosas nuevas. Es imposible descubrir algo si uno no se suelta, y ni el procesador de textos ni la pluma le permiten a uno soltarse. Cuando Borges era ya muy viejo, dijo mientras paseábamos por Kew Gardens un día de la pasada primavera, vino a Londres y respondió algunas preguntas que le hicieron en un acto público celebrado en el Institute of Contemporary Arts. Las preguntas había que formularlas y entregarlas de antemano por escrito, de modo que se las pudieran leer a Borges y este decidiera cuáles responder. Una de las preguntas fue por qué nunca había escrito sobre mujeres y si eso se debía a que nunca pensaba en ellas. Al contrario, contestó Borges, él pensaba constantemente en mujeres, en realidad, dijo, si escribía era para no tener que pensar en ellas. Es por eso que una pluma o un procesador de textos no sirven de nada, dijo Jack Tolledo aquel día en Hampstead Heath, con una pluma o un

lápiz no puedes escapar de ti mismo ni de tus fantasías, y ¿para qué escribe uno, si no es para escapar de la cárcel del yo y de sus banalidades? Las plumas son para los novelistas victorianos, dijo, y los procesadores de textos, para posmodernos juguetones. Ahora bien, yo, si soy algo, es moderno, no un victoriano que da rienda suelta a sus fantasías y las envuelve en argumentos tan absurdos como melodramáticos, ni tampoco un posmoderno sentimental y cínico que trata de aparentar que no tiene sentimientos, sino que solo desea jugar con todas las tradiciones e impresionar a sus pares y satisfacer al ricachón del editor que le ha dado un anticipo ridículo, y que hace todo eso encantado de la vida, pero que desde luego también querría escribir un libro por el que el mundo entero lo adorara y lo coronara de laureles. Para lo que yo me propongo, sin embargo, la máquina de escribir, la máquina de escribir manual y pasada de moda es la única herramienta posible. La máquina de escribir manual, dijo ese día en Hampstead Heath, es uno de los grandes inventos del espíritu humano, como la bicicleta, inventada más o menos en la misma época. Dijo que de chico montaba mucho en bicicleta, y también cuando era joven. Pero ir en bicicleta es cosa de estudiantes y enamorados, dijo, es para esas personas que han dicho todo cuanto tenían que decirse por la noche y les basta con visitar iglesias juntos, cansarse juntos y terminar juntos en hosterías desconocidas. Caminar, en cambio, es cosa de amigos, dijo. Hemos caminado juntos por Hampstead Heath y Wimbledon Common, hemos cruzado a pie Hyde Park y Kensington Gardens, Holland Park y Battersea Park, recorrido la orilla del río desde Putney a Kew y desde Festival Hall a Tower Bridge, paseado a lo largo del canal desde Limehouse hasta Regent's Park (saliendo un momento en Islington), hemos ido a Greenwich y a Richmond Park, y a Epping Forest. No hay mejor manera de conversar, dice, que caminar por un parque de Londres o cruzar a pie el brezal londinense,